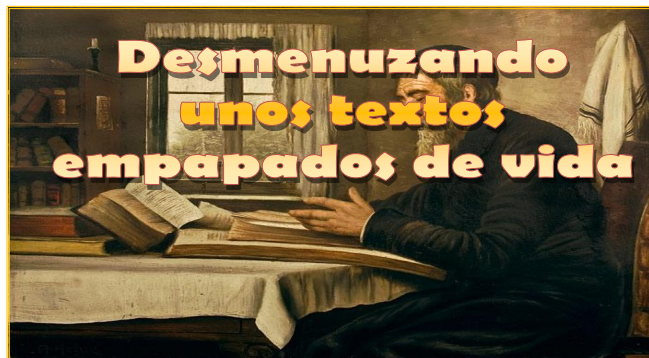




Siembra en nuestros corazones el amor a tu nombre”, se pide en la oración colecta del día de hoy. Es, en definitiva, dejarse seducir por ese nombre que es como una especie de caricia saboreada en el hondón del alma y que mueve, a quien la experimenta, a abandonarse en su regazo a fin de que se lleve a cabo en él, el querer de Dios.

El sociólogo francés Gilles Lipovetsky (París, 1944), retrata la sociedad contemporánea y habla de ella como la sociedad de la seducción.

Después de la caída de los grandes ideales de la era moderna, una sensación de decepción y vaciamiento interior afectó a muchos. Ante esta situación que produjo la pérdida de la dimensión trascendente de la vida, el ser humano comenzó a sentirse huérfano y, de este modo, surgieron dos grandes proyectos con la pretensión vana de llenarnos por dentro:

a) **El consumismo.**

b) **El entretenimiento.**

El punto de partida son los sentimientos. Es lo que importa y, consiguientemente, es la realidad que se cultiva y, como fruto de este quehacer, surge

la sociedad, la cultura de la apariencia en la que se antepone el parecer al ser. Para ello no se deja nada al azar. Cada “**emoción**” es minuciosamente estudiada creándose una necesidad que nos ciega deslumbrándonos con la pretensión de dejarnos satisfechos.

Pero además de la fascinación del mundo que nos rodea, Dios también cautiva el corazón. Fue lo que le pasó al profeta Jeremías tal como se recoge en la lectura primera de hoy. Vivió entre los siglos VII -VI a. de C. y su experiencia, que acabamos de escuchar, no envejece.

De hecho, a través del discurrir humana, el Dios del cielo atrae hacia sí a personas de toda lengua, raza y cultura por medio de un amor que cautiva siempre.

Fue lo que le pasó a Jeremía y, anteriormente entre otros, a Abraham y Moisés, que se sintieron fascinados por Dios en orden a llevar adelante un proyecto salvador que había “hechizado” al mismo Dios:

a) En **Abrahám** la creación de un linaje.

b) En **Moisés** la formación de un pueblo.



Pero nadie vivió el misterio de la seducción de Dios como Jesús, tal como narra el evangelio de hoy. La fascinación que sintió el Maestro por parte de Dios Padre, “enamorado” por tal proyecto, le llevó al misterio de la encarnación a fin de dedicar su vida a la construcción del Reino de Dios.

Jesús, de este modo, se siente enviado a un pueblo endurecido en su interior; ¿no es lo que acontece hoy?. De ahí que mediante ejemplos muy sencillos asequible a la gente humilde, el Señor perfila lo que será su obra, la obra de Dios su Padre: la construcción de su reino. Había sido anunciado, cantado y celebrado por los salmos, pero parece que se queda en un mero ideal, hermoso ciertamente, pero más deseo que gozosa realidad.

Los rasgos de tal reino nos los ofrece en unas parábolas:

-La del **Padre misericordioso** (o el hijo pródigo) (Lc15, 11-32), presenta una imagen de Dios como Padre tierno, frente a una religión del mero cumplimiento.

- Frente una **sociedad cargada de prejuicios**, propone el amor que se hace servicio generoso, porque brota de la comunión sincera: la que es fruto del saborear que “*imagen somos*” de quien nos ha dado el ser. La parábola del buen samaritano (Lc 10,25-37) la mujer adúltera (Juan 7:53-8:11), el ciego de nacimiento (Jn 9), los leprosos (Lucas 17:11-18:14).

Todo este quehacer se llevará a cabo por medio del camino de la entrega genera, es decir: por medio de la **cruc**, y es esto lo que le lleva a Pedro a decir: «¡Lejos de ti tal cosa, Señor! Eso no puede pasarte».

Pero al final, es el milagro del amor el que cautiva, seduce, convierte al Evangelio, a la vida misma de Dios, es decir: **morir para vivir**.





Un salmo para rumiar
Sal 62, 2. 3.4. 5-6. 8-9

Oh Dios,
tu eres mi Dios, por ti madrugo,
mi alma está sedienta de ti;
mi carne tiene ansia de ti,
como tierra reseca, agostada, sin agua.
¡Cómo te contemplaba en el santuario
viendo tu fuerza y tu gloria!
Tu gracia vale más que la vida,
te alabarán mis labios.
Toda mi vida te bendeciré
y alzaré las manos invocándote.
Me saciaré como de enjundia y de manteca
y mis labios te alabarán jubilosos.
Porque fuiste mi auxilio,
y a la sombra de tus alas canto con júbilo;
mi alma está unida a ti,
y tu diestra me sostiene.

Orar con las palabras de los salmos permiten saborear la presencia del deseo profundo que se esconde en el corazón de cada hombre y de cada mujer, y que siempre seduce por dentro.

En el silencio, la confianza y el abandono, las palabras del Salmo 62 (63) resuenan íntimamente con la presencia de una eterna sed ardiente que es inherente a todo ser humano.

Dejémonos, pues, acompañar por las palabras del salmista porque, cuando Dios por medio de ellas toca el corazón se hace irresistible.

Esta experiencia interior siempre es fruto del mirar contemplativo porque, ¿quién que no contemple a Jesús curando no le quedan curadas también un poco sus heridas?

¿Quién que no contemple a Jesús que nos invita a descansar junto a él no se siente invadido con su paz?

¿Quién que no contemple a Jesús anunciando el Reino de Dios no queda seducido por su propuesta de fraternidad?

¿Quién que no contemple a Jesús muriendo en cruz no llora, con todos los que sufren, sus propios sufrimientos?

¿Quién que no contemple el sepulcro vacío no se siente inundado por el gozo de la pascua?

Así trabaja la contemplación y es esta transformación interior la que nos lleva a madrugar por él; a buscarle; a contemplarle en el santuario del corazón y en el diario vivir, donde Jesús siempre se hace el contradictorio y, encontrarse con él es quedar totalmente seducido

Al amanecer el creyente percibe la necesidad de Dios y por la noche conserva el recuerdo y el consuelo de lo que ha sentido y vivido. Esta experiencia, que siempre sobrecoge, llena siempre de alegría el corazón. Una alegría que refresca la tierra reseca de la propia vida.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

Domingo XXII
tiempo "per annum" "A"



Un texto para guardar
en la memoria del corazón



En aquel tiempo, comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día.

Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo: «¡Lejos de ti tal cosa, Señor! Eso no puede pasarte».

Jesús se volvió y dijo a Pedro: «¡Ponte detrás de mí, Satanás! Eres para mí piedra de tropiezo, porque tú piensas como los hombres, no como Dios». Entonces dijo a los discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará. ¿Pues de qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? ¿O qué podrá dar para recobrarla? Porque el Hijo del hombre vendrá, con la gloria de su Padre, entre sus ángeles, y entonces pagará a cada uno según su conducta